

LA CUARTA DIMENSION DE LA GUERRA



Coronel ERNESTO BELTRAN ROCHA

“Por medio de la exaltación de su rol pacificador, la propaganda comunista crea un sentido de culpabilidad y un complejo de inferioridad, que si se deja desarrollar, puede producir un real desarme moral del Mundo Libre”

Commandant de POURËHKEVITCH.

La evolución de la guerra ha sido tan rápida como ha podido serlo, a manera de ejemplos comparativos, el progreso de la técnica aeronáutica, la electrónica, la física nuclear, o multitud de otros campos del dominio humano: axioma tan elemental que no requiere demostración. La civilización se desarrolla cada vez más dentro de una dinámica enormemente acelerada. Pero, para los hombres de armas, el desarrollo dentro de nuestra esfera de conocimiento y dominio reviste una característica especial y diferente a cualquier otro ambiente de actividad: efectivamente, mientras la generalidad de los grupos o clasificaciones de hombres creadores producen nuevas teorías y principios aplicando, experimentando y obteniendo concretos resultados, sobre los cuales sustentar su proceso creador, el militar de esta generación se afronta a un nunca antes conocido nuevo número de elementos y factores sobre los cuales ha de reestructurar adecuadas tácticas, todo ello a base de supuestos y premisas.

La civilización occidental, en especial el continente europeo, no ha dado solución en forma satisfactoria a los

problemas creados durante este último lapso de postguerra y, sin embargo, si pensamos en los procedimientos bélicos de la última guerra mundial ellos habrán de ser cuidadosamente transformados cuando se pretenda darles aplicación actual; consideración muy diferente a la de hace pocos lustros, durante los cuales la táctica era desarrollada y aplicada dentro de una definida ley de constancia o, cuando más, dentro de límites de variabilidad progresiva absolutamente tangibles y controlados desde luego por el conocimiento del profesional militar.

El teatro de guerra o el campo de batalla de entonces tenían una superficie absolutamente demarcable; la casi totalidad de las actividades destinadas a vencer la voluntad de lucha del adversario estaban circunscritas a una geografía de límites claros y precisos en la cual el alcance de los medios bélicos definía preponderantemente la magnitud del escenario operacional. Hoy día, podría hablarse en sana lógica de una definida zona de combate cuando alguna nueva máquina destructiva, sospechada pero no suficientemente conocida en sus efectos,

podrá cubrir en un cada vez más angustioso lapso cualquier punto de la esfera terrestre sin respetar límites, obstáculos o catalogaciones de potencial humano?

Cuál ha de ser la diferenciación clásica de frente y retaguardia, si ambos habrán de ser similarmente vulnerables y estar por tanto igualmente influenciados por un contendor con iniciativa suficiente, resultado de la capacidad de sus medios para infiltrarse, hacer involucimiento vertical, o acciones de sabotaje o guerrilla; procedimientos estos tan normales como lo permite hoy día la relativa debilidad en densidad de poder combativo creada por la imperiosa necesidad de buscar dispersión contra la amenaza de una destrucción masiva nuclear.

Cómo habrá de balancearse con adecuado relativo éxito el complejo mecanismo logístico para poder abastecer una organización militar actuante sin mirar la fortaleza indispensable de un frente interno, talvez debilitado y seriamente castigado por nuevas fuerzas físicas, químicas y psicológicas al alcance de una potencia agresora.

Pero, muy especialmente, cómo deberán buscarse, desarrollarse o crearse dentro de la conciencia de cada individuo, así sea este militar o civil, los necesarios estímulos que bloqueen o impidan la disolvente acción de ideologías contrarias a la indispensable conciencia colectiva de un propuesto interés nacional y que hoy día encuentran, desafortunadamente, ambiente propicio para ganar voluntades, crear organizaciones clandestinas y minar nuestra capacidad defensiva dentro de nuestros propios territorios, en forma tan efectiva como podría hacerlo el poder militar combativo empleado en una guerra en "caliente"; con la ventaja para el primer caso de una total ausencia de derramamiento de sangre

y un mínimo de esfuerzo adicional, hechos muy llamativos para la mentalidad de una civilización que no quiere oír hablar de nuevas guerras, según la clásica acepción con que ella había venido siendo conocida?

El agresor ideológico de hoy expone como convivencia pacífica lo que en el fondo es una guerra: guerra política o económica, en cuanto ellas sean posibles; pero muy bien apoyadas por un poder militar formidable, como para afrontar cualquier repentino cambio a una guerra total. La propaganda, el sabotaje, la subversión: he aquí algunos de los procedimientos en la cuarta dimensión de la guerra. Aclaremos un poco este concepto de dimensión.

Durante muchos siglos la guerra tuvo una fisonomía de dos dimensiones: la batalla de superficie, terrestre o marítima, tenía universal aceptación dentro de cualquier concepción de manobra; todo movimiento táctico, todo apoyo administrativo, el mismo poder de fuego estaban encuadrados dentro de un frente y una profundidad tácticos de fácil comprensión; ataque y defensa tenían su clara línea divisoria; el surgimiento de un genio militar estaba relacionado más con una amplificación de los medios técnico clásicos, o del escenario geográfico, que con una revolución de los procedimientos. La agresividad de las armas tenía adecuado contrapeso en la reacción de los medios de defensa, individual o colectivos. Etapa de la ciencia bélica que podría llamarse de área: quien lograra imponer su decisión sobre una zona importante de tierra o de mar y mantener en ella su iniciativa había logrado una victoria importante o muchas veces, decisiva.

Pero, en este siglo ya vivimos una primera mutación de esta dimensión de área y estamos asistiendo a una se-

gunda. Una vez que el hombre aprendió a ocupar la tercera dimensión de los conflictos humanos, es decir, el espacio aéreo, las reglas impuestas para los conflictos de tierra y de mar fueron radicalmente revisadas. Almirantes y generales hubieron de amplificar sus criterios estratégicos y tácticos adaptándolos a una concepción de poder aéreo, por cuanto fue posible para esta tercera dimensión sobrepasar obstáculos, envolver zonas de comunicaciones, hacer completa interdicción del campo de batalla, apoyar eficientemente decisiones aún buscadas en los otros dos antiguos medios bélicos geográficos; los organismos asesores de un comandante ensancharon sus elementos constitutivos para dar cabida a componentes tan absolutamente indispensables como son quienes habrían de recomendar un adecuado empleo del medio aéreo o quienes podrían indicar la protección contra el uso del mismo medio por parte del adversario. Toda apreciación de situación obligó a considerar un nuevo flanco en el esquema de la maniobra, o en las capacidades del contendor: tan vulnerable que si no fuere adecuadamente tomado en cuenta se corría la grave contingencia de sufrir un envolvimiento con todas sus terribles consecuencias: el flanco vertical había dado la tercera dimensión a la guerra, con menores limitaciones geográficas que los primitivos flancos hasta entonces conocidos, con enorme acrecentamiento de la sorpresa y del poder ofensivo, con mayores perspectivas de flexibilidad para la maniobra, con nuevos factores de movilidad, con un enorme aumento del escenario operacional fruto del poder de fuego llevado rápida y concentradamente a grandes distancias. Espacio y tiempo sufrieron profunda conmoción aun cuando sin perder su carácter de su-

premacia dentro del planeamiento o la ejecución.

Al mismo tiempo, más o menos, el medio marítimo veía aumentada la complejidad de sus tácticas con el desarrollo de las máquinas submarinas: nuevo flanco vertical, esta vez hacia la profundidad.

En este brusco paso de la secular etapa bidimensional de la guerra a la tridimensional se requirió largo tiempo para que una tal evolución fuera adecuadamente aceptada, experimentada y asimilada por la ciencia militar. Mi personal impresión a este respecto es la de que ciertas saludables revisiones y readaptaciones podrían aún tener lugar con respecto a esta dimensión especialmente en aquellas organizaciones militares de países que no podrán darse el lujo de contar con los últimos adelantos de una técnica siempre en proceso de transformación, bien por incapacidad de adquisición, o de producción, o de mantenimiento. Lo que sí es verdad positiva es la de que será muy aleatoria la subsistencia de un poder combativo que pretenda imponer ingenuamente una decisión en una guerra de esta última mitad del siglo con una anticuada mentalidad bidimensional. No pretendo desde luego cometer la irreverencia y el error de dar prioridad a alguna de las dimensiones en mengua de las otras; quiero simplemente decir que tan solo con un adecuado dominio de las tres dimensiones podrá ganarse un objetivo en el caso de una guerra con armas convencionales: equilibrio de medios es la clave; y si estos no logran ser tan numerosos y completos como debe de ser la natural aspiración de cualquiera organizador militar, ellos deberán de mantenerse por lo menos como dentro de la equilibrada sustentación que produce un tripode de patas extensi-

bles y adaptables a cualquier medio, sin pérdida de la primordial condición de mantener en equilibrio la carga que sustenta.

Pero aún superada o no completamente esta tercera dimensión de la guerra, ya nos vemos abocados a una nueva y esta vez sí completamente inexplorada dimensión. La cuarta dimensión de la guerra amenaza con cambiar las reglas establecidas para las tres anteriores en la misma medida y amplitud con que el poder aéreo afectó a las dos primeras.

Cuáles son ahora mismo las armas destructivas con que se han conquistado ya, o se están conquistando, países con la misma efectividad que lo han hecho por años las viejas armas convencionales o las más recientes de la era nuclear? Son aquellas tan antiguas como la existencia de nuestros primeros padres: el viejo relato bíblico de la influencia de la serpiente sobre una conciencia, que fue suficiente para transformar el futuro de la humanidad, se ha copiado esta vez en magnitud universal: la palabra sigue y seguirá obrando sobre las conciencias siempre que exista un ambiente adecuado para lograr los resultados perseguidos.

Al llegar a este punto y convenir que todo un insospechado juego de tensiones existe sobre la mentalidad del hombre occidental-democrático o sobre la estructura de sus gobiernos en forma innegable hay que reconocer que estamos viviendo una nueva clase de guerra; esta mentada guerra "fría", subterránea, ambigua, insidiosa, no declarada, va consiguiendo sus objetivos para el mundo comunista con tan inflexible regularidad y exacta precisión como si un torrente de bombas nucleares estuviera diezmando las fuerzas humanas anti-comunistas o destruyendo sus recursos materiales.

Con el terrible agravante de que por su carácter de ambigüedad y de disimulo nuestra arcaica interpretación del concepto bélico hace repudiar, reconocerla como inequívoca dimensión de la guerra, por lo menos para la opinión de un gran porcentaje de nuestra gente. El hombre democrático, que sabe que guerra ha de significar sacrificios y entrega de energías al Estado en miras al logro de una honorable subsistencia colectiva, prefiere auto-engañarse pensando que esta situación habrá finalmente de encontrar solución a base de reuniones de "grandes", conferencias en la "cumbre" y promesas de desarme internacional: andamos ciegamente buscando tutelajes cuando aún no hemos siquiera intentado impermeabilizar nuestra propia conciencia o las de aquellos sectores de población más aptos para la infiltración de las ideas foráneas disolventes. Y, mientras tanto, cuántos millones de hombres más que los ganados por la maquinaria bélica romana, nazista, o napoleónica han logrado los agresores ideológicos? La cuarta dimensión de la guerra ha logrado pasar de un platillo al otro en la balanza mundial del poder efectivos militares importantes, materias primas estratégicas, cruciales puntos geográficos y millones de seres humanos; prácticamente sin mayor esfuerzo para el agresor, simplemente empleando este irregular sistema de armas. Y en este trasplante cuándo llegará el turno a nuestros países Latino-americanos? Si no se reacciona pronto y sin pecar de pesimismo, podrá ser muy pronto: ya tenemos un inmediato reciente ejemplo.

Indudablemente que dentro de esta cuarta dimensión de la guerra se ha venido pecando contra principios tácticos o estratégicos fundamentales: el

mundo anti-comunista se ha mantenido a la defensiva con alarmante pasividad y no ha reaccionado con prontitud para contrarrestar lo inerme en que ha tenido que batallar las primeras fases de este nuevo tipo de guerra.

No vale la pena acentuar las diferencias entre lo convencional de las primeras dimensiones y lo absolutamente característico de esta última: el escenario será más psicológico que geográfico, el armamento no necesita producirse en fábricas sino que se obtiene por una adecuada infiltración de las ideas; combatiente ha de ser toda criatura en uso de razón. Qué se yo cuántas más diferencias podría traer a cuento.

Vale más bien la pena pensar en quién y cómo se irá a combatir en esta dimensión. Sería grave error el suponer que siendo este tipo de guerra un procedimiento para destruir organizaciones políticas o económicas podría crearse un instrumento divorciado del convencional militar para destruirla o neutralizarla. O si no, cuál es el ejemplo que nos dan los mismos impulsores y maestros de la guerra fría? Tras de la maquinaria política suprema que regula el empleo de los medios de esta dimensión se mantiene en estado de completo alistamiento un instrumento militar tan monstruoso como nunca antes había sido soñado por ningún país con ansias de dominación universal. Y si este no existiera, cabría la pena preguntar si podrían exhibir una tal arrogancia insolente los jefes del comunismo. Los nuevos países que se suman a la órbita comunista buscan a la vez acrecentar su poderío armado. Pues bien, si quienes predicán una paz universal estimulan sus teorías al amparo del aumento de sus armamentos, quienes estamos apenas conociendo los primeros estragos de esta cuarta dimensión

hemos peligrosamente de propender por una regresión al estado de completa inercia propalando las ideas de desarme? Ello quiere decir, entonces, que como esencial punto de semejanza con las viejas teorías de la guerra, el instrumento militar de un país sigue jugando tan importante papel como lo ha sido durante toda la existencia del género humano. Y por qué?

Porque el éxito de la guerra fría ha sido logrado a base de organizaciones esencialmente disciplinadas. Para luchar con ventaja en esta dimensión es por tanto imperativo la existencia de organizaciones cuidadosamente adoctrinadas, entrenadas y equipadas para este nuevo tipo de lucha: y qué más adecuado que el aprovechamiento de la clásica estructura militar para conformar el primordial elemento de esta lucha? Desde luego que aun cuando sea el primordial no habría de ser el único: y esto no solamente para el caso de la guerra fría sino para toda clase de guerra de carácter total. No puede imaginarse el que aislados grupos de una estructura nacional pudiesen ser capaces de contrarrestar con suficiente éxito esta ofensiva extraterritorial de sabotaje, subversión o guerrillas. Todo país debe de aceptar y todo individuo ha de comprender que tiene en sus fuerzas militares un núcleo orgánico excepcional para luchar contra fuerzas foráneas, o internas atentatorias de su aspiración nacional: y sobre este núcleo habrá de elaborarse cualquier sistema combinado de fuerzas y elementos dedicados a impedir el progreso de las nuevas tácticas de la guerra fría. Sin ir más lejos, examinemos nuestros recientes años de acción anti-guerrilla y veamos cómo ha sido de benéfico el resultado en aquellos sitios en que la fuerza militar ha logrado operar con un abier-

to apoyo de todos los sectores y elementos no militares.

Esto significa que el instrumento militar de un país tendrá que cambiar radicalmente sus medios de lucha o sus procedimientos convencionales? Desde luego que NO; eso sí que requerirá evolucionarlos, ampliarlos y, a la vez, tendrá que ensanchar sus campos de estudio, meditación y dominio para lograr conocer mucho más sobre esta cuarta dimensión: la dificultad y la responsabilidad de ahora en adelante para los cuadros constitutivos de una fuerza militar, a través de todas sus especializaciones y jerarquías, radican en una tal capacidad de preparación intelectual como para obrar acertadamente y con iniciativa dentro de una situación de guerra fría, virar con sorprendente y necesaria rapidez de tal situación a otra de guerra con armas convencionales, posiblemente continuación esta de la primera, y sortear con éxito mutables dimensiones de esta nueva guerra del futuro.

Para terminar quiero, a manera de resumen, expresar dos ideas propias que considero son las más importantes:

1. — Nunca como ahora es más necesaria la estrecha coordinación militar-civil. Estos dos pilares básicos en la organización de nuestra sociedad necesitan estar absolutamente identificados si pretenden destruir dentro de un país todo ambiente, posibilidad, medio o situación que sirva de germen a la acción de la idea comunista dentro de las muchas veces ingenua mentalidad de cualquier ciudadano confiado. En esta labor nuestro organismo debe de ejercitar una acción preventiva pues no hay droga conocida que extraiga una idea ya afianzada;
2. — La oficialidad de cualquier organismo armado debe contar, dentro del tiempo destinado a su preparación, con suficientes oportunidades para conocer y poder operar con la misma competencia profesional con que lo hacen quienes han sido largo tiempo adoctrinados en las tácticas agresoras de la cuarta dimensión de la guerra; para, así poder sumar sus esfuerzos a los de quienes persiguen cargar la balanza del poder mundial hacia el triunfo de las democracias.

Los proyectistas militares en Francia fallaron en mirar más allá de los picos de las montañas de otros años y ver las nuevas vistas del futuro. Ellos creyeron que la próxima guerra sería estática como la guerra mundial I. Por ende, con grandes esfuerzos y gastos, construyeron la línea Maginot. La facilidad con la cual las fuerzas terrestres alemanas excedidas en números pasaron alrededor de estas fortificaciones y arrollaron a los Aliados en el verano de 1941 acentúa el axioma militar que el pensamiento agresivo, imaginativo y real debe preceder y dirigir la producción de las armas militares.

Secretario del Ejército Wilber M. Brucker